

manera suficiente como para hacer inútiles cualquier otro tipo de precisiones o datos complementarios. Se trata de una derivación, a nivel estético, de ese idealismo que no ha dejado de influir en la cultura francesa y que, dentro del terreno cinematográfico, ha tenido sus más encendidos defensores entre los hombres de la «nouvelle vague» y continuadores directos, caso del autor de «More».

Así, en este documental, el espectador no tiene de Amin Dada más que los datos que el propio dictador proporciona, en un ejemplo de estructura cinematográfica antidualéctica, que incluye la omisión de imprescindibles informaciones —salvo las escolares del comienzo— sobre la verdadera situación de Uganda. Así, el público percibe una imagen en nada diferente a los «chistosos» comentarios de prensa que se dedican a este Mussolini africano. Así, se hace un flaco servicio al real entendimiento del Tercer Mundo. ■ FERNANDO LARA.

do y silenciado durante todo este tiempo.

Así las cosas, la vocalista madrileña —hermana de la más conocida y programada Rosa León— ha optado, en los largos años de ostracismo discográfico, por los viajes (a Estados Unidos concretamente), por el exilio comarcal (cambiando a Castilla por Cataluña como centro de operaciones), y también por el trabajo de investigación y creación, acercándose a las verdaderas fuentes de nuestro folklore —Agapito Marazuela, entre otras (1)—, o experimentando con los músicos jóvenes dentro del país. En el intermedio: una larga retahíla de presentaciones en medios populares y obreros, aulas de cultura, barrios y sitios de lo más inesperado e inverosímil para un cantante convencional. Y, asimismo, una larga lista de prohibiciones, limaduras, recortes y toda otra gama de agudas cortapisas.

En cualquier caso, este primer LP suyo (2) nos acerca a la verdadera dimensión de la Julia León compositora e intérprete, aunque no pue

da recoger, naturalmente, toda la producción y todo el sentido que una obra como la suya quiere tener, y de hecho tiene. El disco, en todo caso, es una entidad de diferente tipo, y como tal, remitido a su específico código de valores, hay que juzgarlo.

Digámoslo ya, sin rodeos: no se trata de una obra maestra. Ni siquiera hace falta. Es, más bien, un disco con algo confuso y donde las ideas están por encima de las realizaciones. Pero un disco con ideas no es una especie que se prodigue demasiado en el habitualmente yermo y absoluto campo de la canción popular «castellana». Si sólo fuera por ello, habría que reparar ya en este trabajo.

En él se amalgaman temas populares de Alberca (Salamanca), Avila, Asturias —el muy definitivo «Santa Bárbara»— y aires de otros lugares más indefinidos e inconcretos, pero no por ello menos localizables. También está la infaltable enseñanza del maestro Agapito en esa «Danza castellana de procesión», interpretada a la dulzaina por el joven discípulo —dieciséis años de edad— Joaquín González. Y, cómo no, las creaciones de la propia Julia o las de sus amigos poetas Pedro Sánchez y Angel Rey. Finalmente, el toque internacionalista viene da-

do por Pablo Neruda, en la musicación de su poema «Hombre invisible».

Conjunto tan variopinto y dilatado no podría dar como término a una obra absolutamente coherente y unidimensional. Más bien no es sino una amplia y variada gama de posibilidades y teorías para nuestra canción. Ciertamente hay, dentro de esto, experimentos más logrados que otros, y aun hay algunos que nos suenan realmente pobres en objetivos e inspiraciones. Pero si una tónica común tienen estas canciones de Julia León es la firmeza de laborar en pro de una música con resonancias y referencias de indudable raigambre campesino y proletario en un contexto habitualmente dado, por el contrario, a la evasión o al abandono en favor de fuerzas más poderosas y agresivamente colonizadoras.

La voz de Julia, técnica y estéticamente hablando, no es ninguna maravilla. Sin embargo, en sus inflexiones, en sus recovecos, en sus forcejeos consigo misma, esta voz agravada y en ocasiones chirriante nos restituye, inevitablemente, todo el sentir sufriente de una colectividad a menudo hundida en las noches del tiempo. Y en las otras noches.

A reseñar, finalmente, interesantes aportaciones musicales, como la efectuada por el guitarrista flamenco Paco «el Relojero», y, en general, por toda una serie de instrumentistas jóvenes y con distintas formaciones culturales y artísticas; una representación de los músicos nuevos del país que están intentando la difícil y apasionante aventura de restituir a nuestra música su señas de identidad, colaborando a la fusión de un pasado del que (en cuanto arraigado en la colectividad) debemos sentirnos orgullosos, y un futuro que igualmente nos pertenece a todos. ■ ALVARO FEITO.



La experiencia de Barba FM, Canal 2

El 7 de febrero de 1974, Radio Barcelona, en su versión FM, Canal 2, dio comienzo a un programa de doce horas de duración que era revolucionario para Barcelona y su comarca. Se trataba del primer programa omnibus de buena música popular, tanto nacional como extranjera. El crítico Angel Casas, secundado por un grupo de jóvenes locutores, era el responsable de la programación. Aparte de la buena música, otra característica era que los locutores recibían su bautismo en el oficio con este programa. La lógica carencia de profesionalismo estaba bien compensada por el genuino interés que ellos tenían en el material que presentaban. Todo coincidía para dar al espacio una frescura que

fue bien recibida por el público. Poco a poco, el programa alcanzó altas cotas de popularidad, tal como lo demostró la encuesta realizada por la rival Radio Juventud. En la misma, Canal 2 estuvo en los primeros puestos, muy por encima de algunos supuestos programas populares y de un barato comercialismo.

Durante el tiempo de su existencia, Canal 2 se convirtió, junto con otros pocos programas locales, en el medio por el cual el público de la región catalana tuvo acceso a la música importante de nuestros días, una música que — pese al obstinado rechazo de algunos directivos— hoy cuenta en España con un mercado. Como prueba de ello, señalemos no más la excelente producción artística que las casas de discos publican semana a semana. Está claro que no lo harían si el mercado fuera inexistente. Esta nueva realidad cultural y comercial se ve negada a menudo por gente acostumbrada a viejas formas de promoción, formas caracterizadas por un paternalismo ideológico con respecto al público y un rechazo de todo lo nuevo que implique un cambio.

Este conflicto entre dos maneras opuestas de considerar el mercado, al público, la música y, en definitiva, al medio radiofónico, hizo eclosión en el caso del Canal 2. Los elementos anquilosados carecen naturalmente del dinamismo implícito del medio radiofónico. Pueden seguir funcionando con sus esquemas cerrados debido al inmovilismo que atrofia al medio. Fue evidente entonces que la vitalidad del programa de Casas tenía que provocar la reacción, pues desbordaba los estrechos márgenes habituales. Esto de márgenes estrechos no es metáfora. El 7 de julio de 1975 el programa perdió su estructura fluida, abierta y creativa para

DISCOS

Julia León: Viento fresco, al fin

Julia León pertenece a la «vieja guardia» de la generación de cantantes que posibilitó la aparición de un cierto movimiento de música popular en Madrid, allá por los años sesenta. El hecho de que no haya ocurrido sino ahora la grabación de su primer LP, indica hasta qué punto ese grupo de cantantes ha sido margina-



Julia León.



**ALBERTI,
AMOR Y REPUBLICA**

Rafael Alberti recuerda los primeros tiempos de la Segunda República: la eclosión del 14 de abril, el despertar de su conciencia política, el estreno de su obra teatral sobre Fermín Galán, las aventuras de «El hombre deshabilitado», el primer amor con María Teresa León, los proyectos de Ignacio Sánchez Mejías y Federico García Lorca, en torno a un teatro popular... Al tiempo que una crónica íntima, el trabajo de Alberti esboza circunstancias de aquel tiempo, determinantes para los miembros de una generación que, como él mismo, buscaron el exilio al acabar la guerra civil, si es que la habían sobrevivido.

**LEALO
EN EL NUMERO 9 DE**

TIEMPO de HISTORIA
1869-1948

LARGO CABALLERO

Amor y República

Alberti

encerrarse en el cauce melancólico y mediocre de unos 40 principales de España. Aparte de esto, sólo pueden salir al aire «cuñas» pagadas. El programa se ha fosilizado y perdido todo contacto con la realidad musical viva de la región. (El mayor evento de estos primeros días de julio, las «Seis horas de canción catalá», que reunió de 30 a 35.000 personas, ni fue mencionado. Como si hubiera sucedido en Marte.)

La definición del conflicto tiene una historia que se remonta al mismo día del inicio del programa. Hasta abril de este año, en que presentó su «renuncia», Casas tuvo la difícil misión de hacer compromisos entre las exigencias de los superiores y las necesidades intrínsecas de la programación. Su equipo de colaboradores fue creciendo profesionalmente y logrando una efectiva comunicación con el público. Sus nombres y voces se identificaban fácilmente con la buena música que propagaban. Sin embargo, muchas cosas no llegaban al público. No se les reconocía como profesionales; sus ingresos eran y son ínfimos: 250 pesetas por turno de tres horas con un 7 por 100 de descuento. Deben estar entre los trabajadores peor pagados del país. Por supuesto, no existen seguros ni nada por el estilo. Su situación es de verdaderos marginados dentro de la profesión.

Después de la retirada forzada de Casas, su equipo quedó a la merced de los directivos. Poco ha durado. Los responsables dicen que el programa carecía de audiencia (pese a la encuesta), que había dejado de interesar. No vale la pena perder el tiempo rebatiendo esos argumentos. Podemos imaginar con muchas posibilidades de acierto que el fenómeno cultural y social que presuponía esa música, la forma libre y creativa en que se expresaban los locutores y el espíritu que animaba al programa fueron lo suficientemente irritantes como

para imponer la ley del silencio. Como consecuencia, ellos han perdido un mercado con futuro a cambio de beneficios inmediatos y del alivio de no verse importunados por el ejercicio de la libertad. Simplemente se trata del inmovilismo que en este caso se manifiesta en sus versiones culturales, profesionales y comerciales. El resultado no puede ser más mediocre. ■ MARCELO COVIAN.



Ya está aquí el verano de verdad. Yo lo conozco no sólo por el calor, sino por la orfandad de las salas de arte, vacías de exposiciones. Parece mentira: siempre me quejo de la infinita prodigalidad de ellas, pero siempre, cuando llega este tiempo, las echo de menos. Menos mal que aquí en este rincón siempre podré comentar algún pequeño acaecer del arte que se me ponga a mano, aquí en Madrid o en cualquiera de mis viajes veraniegos. Se me ocurre ahora comentar el inacabado retrato que me está haciendo Paco Hernández, y que acabará creo que en los primeros días de otoño.

**Sobre
mi retrato
—inacabado—
por Francisco
Hernández**

Cuando Paco Hernández y yo hablamos, casi nunca nos ocupamos de cuestiones pictóricas. Hablamos de nuestros pueblos respectivos y de sus gentes, del buen vino y, sobre todo, de canto. Francisco Hernández es de Vélez-Málaga, paisano por tanto de Juan Brea —aquel que cantaba la malagueña con

una voz pastosa como el vino de la tierra—. De Vélez. Mientras le estoy posando a Paco Hernández para el retrato que me hace, no puedo evitar el recordarle esa «soleá» anónima referida a su pueblo, que a mí me gusta tanto por la bella y finísima levedad de la anécdota que refleja:

*“Correo de Vélez,
en cayendo unas goitias
jse mojaron los pape-
[les]”.*

Sonreímos los dos, imaginando el viejo y desvencijado carromato al que se refiere la anécdota... Paco Hernández ha querido pintarme un retrato, yo creo que porque necesita una persona gorda para su iconografía. Pero él no ha querido pintar simplemente a «un gordo», sino a un retrato, mi retrato. Eso es lo que me entusiasma de ese pintor: tiene el instinto de lo que está haciendo. Es posible que la motivación inmediata que lo condujo a mi retrato haya sido la de pintar a un gordo, pero ya dentro de él quiere el retrato: quiere la profundización en el dato personal, el testimonio de ese personaje único de una especie única que no va a volver a repetirse nunca. Por eso es por lo que Paco Her-

nández es un humanista. Y por ser un humanista siente el magisterio de la pintura del siglo XV; la pintura de la edad de oro del retrato; la edad del humanismo.

Cuando estoy posando para él, hablamos como seguramente hablaban aquellos retratados con sus grandes retratistas: con Dürero, con Van der Weiden o con Antonello da Messina —tan admirados por Hernández—. «¿Y con qué vas a caracterizarme, con un libro, con mi cachimba...?». «No —me dijo—, te pondré en las manos un vaso de vino... vino de Cómpea: el gran vino de Málaga». Hablamos entonces de vinos. Yo le dije que prefería nuestros vinos, los vinos del Sur, porque no son vinos para comer, sino sólo para beber... «De todas maneras —le digo—, yo prefiero los vinos menos abocados que éste, los olorosos de Jerez, los amontillados». El me dijo entonces algo que me hizo meditar: «Sí, estos son vinos griegos: como el de Chipre, como el de Chios...». Es verdad —pienso—; así, dulce, era el vino que tomaba Platón, cuya palabra también era dulce porque, decían sus cóctaneos, en su boca depositaron miel las abejas del Himeto... Pido perdón por ese juego culturalista de mis



«Moreno Galván», por Francisco Hernández.